

# 2010

## ¿el fin de la historia oficial?

*Fernando Rodríguez Doval*



*A Sandra, por ya formar parte de mi propia historia*

Están en marcha diversas comisiones e iniciativas, tanto desde el Estado como desde la sociedad civil, para conmemorar el bicentenario del inicio de la guerra por la independencia de México y el centenario del comienzo de la revolución mexicana. Estas festividades se presentan en un momento en que el sistema político mexicano es plenamente democrático y, por lo tanto, no tiene compromisos históricos fundacionales diferentes al voto que los ciudadanos emitieron en las urnas.

Es importante insistir en lo anterior. Un régimen democrático obtiene su legitimidad de la voluntad ciudadana expresada en el voto popular; un régimen autoritario, por el contrario, ob-

tiene su legitimidad de algún suceso histórico determinado, bien sea una guerra, una revolución, un golpe de Estado, o el ascenso de un caudillo. De esta forma, distinto a lo que ocurre en una democracia, en una autocracia es necesario contar con un conjunto de elementos casi mitológicos que le otorguen justificación: la manipulación de la historia suele satisfacer este apremio.<sup>1</sup>

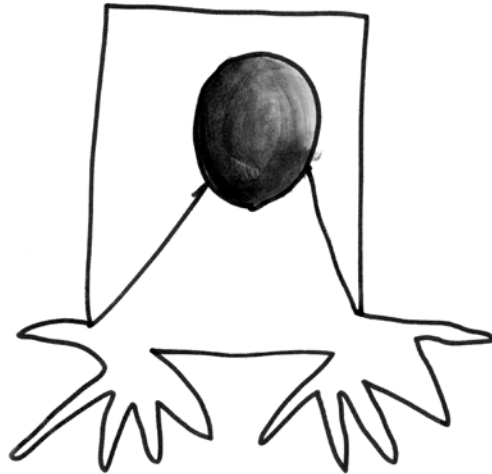
En México ha ocurrido lo anterior. Se diseñó toda una historia oficial a fin de justificar y legiti-

<sup>1</sup> Incluso aquellas tentativas por modificar un régimen democrático y hacerlo "evolucionar" hacia otras formas políticas se valen de la manipulación histórica para lograr sus objetivos. Es el caso, por ejemplo, del gobierno español de José Luis Rodríguez Zapatero, el cual ha roto con varios consensos fundamentales que databan desde la transición a la democracia y, a la par de ello, ha publicado una "Ley para la memoria histórica" que establece por decreto quiénes fueron los buenos y los malos en la guerra civil española.

mar tanto al régimen nacido del cerro de las campanas,<sup>2</sup> como al régimen surgido de la última etapa de la revolución mexicana.<sup>3</sup> Ninguno de los dos, hay que decirlo, era democrático ni aspiraba a la pluralidad, sino a la unanimidad, y en buena medida podemos decir que existe una continuidad entre uno y otro en lo que respecta a la visión unidimensional de la realidad mexicana, la perspectiva maniquea de la política, la eliminación cuando no abierta represión de cualquier valor que pudiera interpretarse como remotamente cercano a los que defendieron los conservadores en el siglo XIX y el convencimiento de que las elecciones únicamente servirían para validar el curso de la historia, un curso que no podría ser modificado y en el cual el triunfo de la “reacción” era moralmente inadmisible.<sup>4</sup> Del primer régimen, del que nació en el cerro de las campanas, escribió Gabriel Zaid:

La derrota militar de los conservadores y su expulsión del poder no terminó en un régimen plural, que hubiera sido lo verdaderamente liberal, sino en un régimen excluyente, donde ser conservador ya no era legítimo. (...)

Esta exclusión desembocó en la mentira como sistema político, en el disimulo social, en la mutilación de la historia. Si el poder y el respeto están vedados a los conservadores; si la única forma posible de ser conservador es desaparecer; si lo único legítimo es ser liberales, revolu-



cionarios, de izquierda; los ideales conservadores renacerán como liberales, revolucionarios, de izquierda y todo se volverá sospechoso. El debate será sustituido por la persecución de todos contra todos, acusándose mutuamente de falsos liberales, falsos revolucionarios, falsos izquierdistas; ya no se diga la persecución de conservadores que tengan la insolencia de asumir su identidad.<sup>5</sup>

Del segundo, el régimen posrevolucionario, inspirado en el primero, emergió toda una cosmovisión política e histórica que Carlos Castillo Peraza definió como la “cultura del mural”:

Desde que somos niños, los mexicanos vemos, en los libros de historia del país, en las formidables pinturas que pueblan los muros de nuestros mejores edificios públicos, un México dividido en dos grandes sectores. Uno de ellos es el reino del colorido brillante y las imágenes realistas, claras, luminosas, limpias y erguidas. El otro es el reino de lo oscuro, lo deforme, lo grotesco, lo sucio, lo aplastado. De un lado, sólo hay trigo. Del otro, sólo cizaña. Hay un espacio —una historia— en el que sólo hay vencedores y otro en el que sólo hay vencidos. Fatalmente, el lado de la luz habrá de vencer y el de las tinieblas tendrá que perder. El mural pretende ser la verdad absoluta sobre el pasado, el presente y el futuro de México y de los mexicanos. La vida está de una parte, y la muerte de la otra. El poder de esas magníficas imágenes virtualmente obliga a escoger bando al que las contempla.<sup>6</sup>

<sup>2</sup> En el cerro de las campanas fue fusilado el Emperador Maximiliano de Habsburgo, junto con sus generales Miguel Miramón y Tomás Mejía. El bando liberal, encabezado por Benito Juárez, se erigió en vencedor absoluto y sin ningún tipo de oposición.

<sup>3</sup> No es lo mismo la revolución maderista que la agrarista o la carrancista, mucho menos que la de Obregón y Calles.

<sup>4</sup> En nombre de Benito Juárez, por ejemplo, se justificaron no pocos fraudes “patrióticos” electorales durante el siglo XX.

<sup>5</sup> Gabriel Zaid, “En defensa de los conservadores”, *Reforma*, 29 de julio de 2001.

<sup>6</sup> Carlos Castillo Peraza, “Meditaciones para una transición”, *Palabra*, No. 24, abril-junio de 1993.

Así las cosas, la historia oficial que se impuso durante décadas, dividió nuestro pasado en dos bandos irreconciliables, uno excelente y otro execrable. Esta historia oficial fue puesta por completo al servicio del sistema político autoritario que padecemos en buena parte del siglo XX y no representó un esfuerzo intelectual por conocer los acontecimientos pretéritos, las causas que los generaron y las consecuencias que de ellos se derivaron, sino más bien un intento de manipulación historiográfica a fin de difundir las verdades que convenían al régimen político imperante. Se crearon santos laicos ante los cuales no cabía más que la reverencia y la inclinación. Como bien lo escribió Alejandro Rosas, “crecimos con una historia que en el mejor de los casos refería verdades a medias y en el peor, mentía”.<sup>7</sup>


Algunos de estos “héroes oficiales”, casi mitológicos e inmaculados, que dieron nombres a pueblos, calles y plazas (incluso a estados de la Federación) fueron Miguel Hidalgo, Vicente Guerrero, Benito Juárez, Emiliano Zapata, Pancho Villa, Venustiano Carranza, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles o Lázaro Cárdenas, por mencionar sólo a algunos. Es curioso observar que varios de ellos se combatieran ferozmente en vida: Obregón estuvo involucrado en el asesinato de Carranza, se dice que Calles en el de Obregón, y Cárdenas terminó con el “Maximato” que pretendía imponer Calles, al cual desterró; hoy todos ellos están enterrados en el Monumento a la Revolución y el régimen priista se declaró heredero de cada uno por igual, por increíble que parezca.

Se crearon mitos absurdos, auténticos dogmas de fe que nadie debía cuestionar y que, ciertamente, permearon en la cultura nacional y hoy todavía permanecen anclados en la mente de una cantidad importante de mexicanos. Uno de ellos fue el del petróleo, supuesto símbolo de nuestra soberanía. Otro fue el laicismo intolerante que se implantó en la educación y se impuso en la vida pública generando serias limitaciones

a la libertad religiosa. O el del indigenismo trasnuchado que en nada abrevó para que nuestros pueblos originarios pudieran tener mejores condiciones de vida. O el de la no reelección, cuyo sentido original se manipuló para impedir una profesionalización y autonomía de los legisladores y, por lo tanto, favorecer el presidencialismo.

Y al mismo tiempo, han existido otras figuras históricas muy valiosas sin las cuales tampoco se entendería el devenir de México como nación pero que han sido olvidadas, cuando no denostadas, por no convenir a los intereses oficiales; entre muchos otros podríamos citar a Hernán Cortés, Vasco de Quiroga, Agustín de Iturbide, Lucas Alamán, Miguel Miramón, José Vasconcelos o Manuel Gómez Morin. Se habla poco también de un período tan fundamental en la consolidación de la nacionalidad mexicana como fue el Virreinato, completamente olvidado en los libros de texto que se estudian en las aulas, al igual que la guerra cristera, episodio totalmente ocultado en la historia oficial, a pesar de que durante tres años movilizó a cientos de miles de personas en defensa de su fe y de su derecho a la libertad religiosa ante el sectarismo y la intolerancia de los gobiernos de Obregón y Calles.

Las conmemoraciones de 2010 debieran suponer un replanteamiento del estudio de nuestra historia desde la objetividad, el desapasionamiento y la ausencia de motivaciones ideológicas. A este ánimo debieran sumarse los académicos, los políticos y los gobernantes. Seguir reproduciendo de manera acrítica la historia oficial –como todavía ocurre a los casi ocho años de la alternancia en el Poder Ejecutivo– supondría una enorme equivocación y un desperdicio imperdonable y, en el largo plazo, significaría seguir cultivando mitos que luego dan origen a liderazgos mesiánicos que se valen de ellos para justificar la “necesidad” histórica de su éxito.<sup>8</sup>

2010 es la gran oportunidad para decirle adiós a la historia oficial. ¿Será aprovechada? 

<sup>7</sup> Alejandro Rosas, *Mitos de la historia mexicana*. De Hidalgo a Zedillo, Editorial Planeta, México, 2006, p. 11.

<sup>8</sup> En las proclamas de Andrés Manuel López Obrador se encuentra presente, en todo momento, esta fatalidad histórica.